

GONZALO PORTOCARRERO

RAZONES DE SANGRE

A red ink splatter is located to the right of the word 'RAZONES'.

Aproximaciones a la violencia política

Sendero Luminoso fue una de las organizaciones terroristas más sanguinarias de la historia peruana. Sus acciones violentistas pusieron en jaque al sistema político nacional, cuyos resultados habían mostrado insuficiencia para reducir la pobreza, hacer una efectiva reforma agraria, impulsar la descentralización, entre otras grandes reivindicaciones. Este texto reconstruye el universo de creencias en que se desarrolló la insurrección senderista, desde los argumentos que armaron el fanatismo de Sendero Luminoso hasta los supuestos que inspiraron la lucha antiliberal del Estado Peruano. También reproduce las maneras en que las voces más lúcidas de la sociedad peruana intentaron comprender la incontenible espiral de violencia que se desató en los cruciales años ochenta. Así, tomando en cuenta testimonios de esa época, el autor examina trayectorias vitales de los jóvenes radicalizados que se sentían tentados por la opción violentista y que veían precisamente en ella una razón de sangre.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN DE *RAZONES DE SANGRE*

Pese a todo el trabajo de artistas, periodistas y científicos sociales, Sendero Luminoso continúa siendo un desafío y un enigma; en todo caso una grieta a través de la que podemos divisar la entraña traumática que nos sigue definiendo como un país fragmentado, que se conoce muy poco y que siempre está tentado por los que llaman al olvido y la ignorancia, en la ilusión de la famosa avestruz que, enterrando su cabeza en la arena, pretende que no existe aquello que no puede ver. La complejísima urdiembre de causas, decisiones y circunstancias de las que surge la insurrección de Sendero Luminoso no se va a repetir. Muchas cosas han cambiado. El mito de una revolución que instaure de inmediato un régimen de justicia que acabe con todas las lacras sociales ha dejado de ser creíble. El gran relato que encausa las energías del mundo de la migración, al nuevo Perú que ha emergido en los últimos cincuenta años, es la búsqueda de progreso y reconocimiento social. Y la conciencia de tener derechos no ha hecho más que crecer haciendo perentoria la demanda de justicia y horizontalidad.

Este libro merece ser (re)leído porque nos pone en contacto con verdades amargas que no debemos desconocer, que tienen que convertirse en preguntas que guíen nuestro entendimiento en la medida en que queramos crear una cultura basada en el diálogo, la ciudadanía y la paz en la sociedad peruana.

Estas amargadas verdades se refieren, para empezar, al sorprendente eco que encontró la prédica violentista de Sendero Luminoso. No fue —solo— la insania mental de un grupúsculo; fue también el apoyo de sectores juveniles radicales dispuestos a llegar a la inmolación, e, igualmente, el soporte de campesinos indígenas, ilusionados con la construcción de un nuevo orden social que los redimiera de su servidumbre e insignificancia. Aunque sepamos que la dirección de Sendero estafara a unos y a otros, no podemos dejar de lamentar que el idealismo juvenil y la expectativa justiciera se dejaran conducir hacia estallidos de odio y violencia que no podían ser la base del nuevo orden anhelado. Y otra verdad amarga es el amplio respaldo que la opinión pública brindó a la violenta respuesta de las Fuerzas Armadas. La comisión destinada a revelar la verdad de lo acontecido a propósito de la matanza de periodistas en Uchuraccay, acertó en reconstruir la cadena de sucesos, pero no quiso ver que la falta de protección policial para los periodistas era parte de una estrategia de «sellar» las zonas de conflicto a la prensa independiente, de manera que desde entonces no hubo testigos capaces de denunciar los excesos de la política antisubversiva. Y, otra vez, la verdad amarga es que el informe adormeció la conciencia del Perú oficial permitiendo la política de la «vista gorda» frente a la violencia de las fuerzas armadas.

Pero la verdad más amarga, aquella que nos tiene que llevar a pensar una y otra vez en la precariedad de nuestro país, se refiere a la rapidez con que emergió una violenta estrategia militar de lucha contra la insurrección senderista, y a la correlativa ausencia de una verdadera inteligencia policial hasta 1988; es decir, ocho años después de iniciado el conflicto. Todo los recursos del Estado fueron usados en una lucha frontal contra las bases senderista, y no se dio ninguna importancia a la captura de la cúpula del movimiento. Más tarde, cuando las fuerzas policiales lograron organizarse para una labor de inteligencia, los días del te-

rror senderista estuvieron contados. Esta absurda falta de criterio nos habla de un Estado que no había logrado comprender lo obvio, la naturaleza absolutamente piramidal de Sendero Luminoso; un Estado que, sin embargo, no tenía reparos en aterrorizar la población campesina.

El presente libro pretende aportar ideas para comprender estas «amargas verdades». No maduraremos como democracia si no nos comprendemos como sociedad escindida que tiene que suturar viejas heridas que nos enfrentan. Después de este libro, cuya primera edición data de 1998, se han desarrollado multitud de investigaciones sobre la insurrección senderista y su sangriento develamiento. Para empezar, desde luego, el monumental informe de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación. Pero todos esos trabajos, sin embargo, no hacen prescindible el valor del presente libro que identifica, y ensaya explicar, esas «amargas verdades» que hasta ahora nos deben seguir estremeciendo, pues las cosas no han cambiado tanto en el Perú.

Quisiera añadir una razón más para hacer aconsejable la (re)lectura del libro. Escrito entre 1988 y 1996, *Razones de sangre* recoge discursos, testimonios y opiniones que se dan en el contexto inmediato de la violencia. Muchas de estas opiniones y discursos han quedado registradas en los medios de comunicación, de modo que su reconstrucción no es problema. Pero lo que sí es imposible es entrevistar a la juventud radicalizada de ese momento; a esos jóvenes que dudaban sobre si deberían o no integrarse a la insurrección. Cuando realicé la investigación, hacia 1988, sabía que si la locura senderista lograba propagarse masivamente en la juventud universitaria popular, entonces el futuro del país estaba realmente muy comprometido. En esos años la batalla más significativa se daba en la conciencia de esa juventud radical, ansiosa de justicia, pero —y así lo reveló la investigación— distante de un culto a la violencia y al odio; y, en todo caso, haciéndose más preguntas de las que el catecismo senderista podía responder. Esa reflexivi-

dad fue pues un antídoto contra la dogmática del «Presidente Gonzalo». Allí ganó la sensatez. Y este libro documenta la lucha contra la tentación violentista en la propia conciencia de los jóvenes.

La presente edición reproduce enteramente la original. Solo se han revisado algunas inadvertencias de estilo y se han actualizado algunas referencias bibliográficas. Esta actualización fue desarrollada por Teobaldo Pinzás y Eleana Llosa, a quienes dejo la constancia de mi agradecimiento.

Gonzalo Portocarrero

Introducción

En el Perú, la dificultad para elaborar una memoria colectiva es un hecho recurrente, sintomático y de consecuencias muy profundas. Esta dificultad nos revela como una sociedad que es aún prisionera de su pasado. En ella se expresa el poder del autoritarismo, el escaso vigor de la crítica y, sobre todo, lo precario de la identidad nacional. Con frecuencia ocurren hechos que, pese a su importancia, no llegan a ser inscritos en una trama que los explique y les dé significado. Y esta ausencia implica que hay preguntas que se quedan sin respuesta o que están ocultas sin ser planteadas. Y detrás de la ignorancia o la represión está la duda y la incertidumbre. La insurrección senderista —y la espiral de violencia a la que diera lugar— es un caso paradigmático de esta dificultad. La interpretación oficial dice que se trató de un grupo tenebroso de fanáticos/delincuentes que tuvieron que ser enfrentados drásticamente, cometiéndose en el proceso excesos lamentables pero comprensibles. Esta propuesta no es mayormente contestada sin tampoco ser plenamente aceptada. En cualquier forma, es evidente que en la interpretación oficial prima el deseo de olvidar sin haber dado cuenta. Y esta actitud no nos libera del pasado ni contribuye a generar relaciones de confianza entre la gente. Las distancias se mantienen y el resentimiento reaparece de distintas formas. Jorge Parodi, a partir de su experiencia como psicoanalista, refiere cómo las angustias y temores vividos por los jóvenes durante la época de la violencia «están presentes de manera muy intensa en

su experiencia subjetiva»^[1] condicionando tanto una falta de confianza en el mundo social, como un retraimiento individualista a metas puramente privadas. Y estas actitudes que debilitan las colectividades producen, inevitablemente, vivencias de soledad y desamparo que facilitan la extensión de otros tantos males como la violencia anómica y los comportamientos autodestructivos.

Es evidente que una explicación razonada de la etapa de la violencia puede ayudar a superar los traumas del pasado. La sociedad peruana tendría que lograr una interpretación de consenso que reconstruya la dinámica de la violencia política, sus causas profundas y su progresivo agravamiento, señalando además a los responsables y a los que se resistieron a su llamado. La apuesta tiene que ser por aprender de la experiencia para liberarnos del pasado. No es realista, sin embargo, suponer que esta interpretación surja de un momento a otro. El esfuerzo tiene que ser colectivo y debe partir de la crítica a la interpretación oficial. Los ensayos que aquí presento representan un esfuerzo en ese sentido. En todo caso, la premisa de una interpretación alternativa es valorar la violencia no como un hecho natural y oscuro, sino como resultado de un conjunto de factores sobre los que es posible actuar. Lograr una explicación de Sendero y la guerra sucia sería una ayuda para desarrollar la confianza y solidaridad entre los peruanos, lo que les permitirá estar más disponibles para construir un futuro donde tendrán que haber muchas cosas compartidas.

He tratado de razonar la violencia política desde el principio de que ella no es un comportamiento instintivo, o una conducta refleja, sino que surge cuando los impulsos agresivos de las personas, potenciados por las frustraciones que se derivan de la pobreza y la injusticia, son reunidos y moldeados por ideologías y organizaciones que argumentan que la violencia es la única posibilidad de cambio efectivo. Aparece cuando se divulga la idea de que la actuación del odio es la única forma de trascender lo indeseable. Se pue-

de encarnar entonces, en las personas convocadas, un convencimiento absoluto sobre la fertilidad de la violencia. Es decir, lo que también podría llamarse una razón de sangre, en el sentido de una persuasión que compromete, enardece y moviliza.

En la primera parte del libro el énfasis está puesto en analizar los discursos sobre la violencia. Empiezo presentando a los protagonistas directos: Sendero Luminoso y las Fuerzas Armadas. Luego continúo con las explicaciones que sobre la insurrección senderista circulan en los medios de comunicación y que influyen sobre la gente y el propio desarrollo del conflicto. El texto prosigue revisando algunos aportes de las ciencias sociales y la literatura para la comprensión del fenómeno senderista. Finalmente, intento recortar el perfil de Sendero dentro del horizonte de la izquierda peruana.

En la segunda parte del libro se reconstruye y comenta la vida de varios jóvenes en la perspectiva de identificar los factores que los predisponen a ser seducidos por el discurso senderista o, en todo caso, a resistirlo. Se trata de seguir, en el marco concreto de una biografía, los avatares de los impulsos agresivos, especialmente su interpenetración con los discursos sobre la violencia, con la formación consiguiente de un conjunto de actitudes. Presentamos distintas trayectorias: desde el joven que convierte su furia en celo revolucionario hasta la muchacha que se resiste a odiar y que está a la búsqueda del entusiasmo en el amor y el arte. Este estudio de casos se complementa con el análisis de una encuesta que nos permite conocer las opiniones de muchos jóvenes sobre la violencia y Sendero Luminoso. Finalmente, examino un episodio donde la espiral de la violencia casi no encuentra resistencias: la matanza de los penales de 1986. Trato, también, de reconstruir los acontecimientos y las responsabilidades respectivas.

II

Mi propósito ha sido entender la insurrección senderista desde distintos horizontes interpretativos. La meta era hacer converger los distintos análisis en el supuesto de que presentan diversas facetas del mismo fenómeno. En realidad, cada capítulo es autónomo en sus preguntas, pero todos ellos se complementan. Presento, pues, un conjunto de aproximaciones que se apoyan mutuamente. En todo caso, es claro que la importancia que doy a los impulsos proviene del psicoanálisis. Mientras tanto, la insistencia en los universos simbólicos como modeladores de nuestras energías está inspirada en la tradición de la sociología interpretativa y de la antropología cultural. Finalmente, la historia es la tercera perspectiva a la que recurro. Me vuelvo a ella cuando es necesario determinar el origen de las condiciones sociales que dan plausibilidad a los discursos que predicán el odio y el desprecio con el resultado de violencia.

Siendo sociólogo me he atrevido a internarme por tierras extrañas, pero el intento está en la tradición de la sociología. Precisamente, lo que siempre me ha fascinado de esta disciplina es la amplia libertad que incentivó en sus cultores. En efecto, en el afán de dar cuenta de la realidad a los sociólogos, se nos acostumbra a explorar otros universos conceptuales, a adoptar diferentes perspectivas. Me parece que esta vocación de búsqueda tiene que ver con la pluralidad de orientaciones vigentes en la sociología y, también, con la variedad de los temas que son su objeto de estudio. Pero esta actitud, que antes pudo ser una orientación excepcional, es ahora hecho común en las ciencias sociales y en las humanidades. Ella se evidencia en el surgimiento e institucionalización de los llamados estudios culturales^[2]. Se trata de un movimiento que enfatiza la necesidad de comunicación entre disciplinas muy distintas, a la par que estimula la conciencia de ser relevante para la vida

social. Los estudios culturales atraviesan los cuerpos teóricos de las disciplinas tradicionales recogiendo aportes que permitan explicaciones más sugerentes y de mayor pertinencia para el presente. Aportes como: el énfasis en el trabajo conceptual propio de la filosofía, el diálogo con la realidad característico de las ciencias sociales, la búsqueda de autonomía que permea al psicoanálisis, la importancia de interrogar los productos de la imaginación como ocurre en los estudios literarios. En todo caso, el supuesto de los estudios culturales es el levantamiento de las aduanas disciplinarias en el análisis de lo simbólico. Es todavía prematuro evaluar las posibilidades y límites de este movimiento. No obstante, es un hecho que en la comunidad científica se viene sedimentando un sentido común que define lo multidisciplinario como el camino a seguir. Partiendo de la sociología, mi trabajo pretende inscribirse en esta perspectiva.

Sea como fuere, quiero dejar constancia de que en todos los análisis que he efectuado he tratado de ir lo más lejos que he podido asumiendo que tanto el hombre de ciencia como el ciudadano deberían aspirar siempre a un ejercicio radical de la razón inspirado en una búsqueda liberadora de lo verdadero. Pues, como lo señala Richard Harvey Brown, la ciencia debe ser ante todo un discurso cívico que, impulsado por el deseo de lograr una comunión con los otros, se proyecte hacia una búsqueda conjunta de la verdad y hacia la elaboración de imágenes seductoras del bien común^[3].

III

La investigación que sustenta al presente libro empezó en 1987, cuando por encargo de la APEP (Asociación Peruana de Estudios para la Paz) pude organizar un trabajo de campo sobre las actitudes y opiniones de los jóvenes frente a la

violencia política. Recogí mucha información e inicié una línea de lecturas sobre el tema. Acabado el compromiso inmediato, continué pensando la investigación. En 1991, al sintetizar los resultados hasta entonces habidos en la forma de un proyecto, logré un semestre sabático en el concurso de la Universidad Católica. No obstante, pese a mis esfuerzos, los resultados no fueron los esperados. El trabajo marchaba, pero muy lentamente.

Comprensibles dificultades de tiempo y la trabajosa maduración de las ideas, pero, sobre todo, interferencias emocionales que tenían su fuente en la propia importancia de mi estudio, retrasaron mi proyecto. Recuérdese que en esos años el crecimiento de Sendero Luminoso desbordaba todos los límites imaginados. Como la mayoría de los peruanos, tenía miedo y odio. Como científico social, mi tarea era dar a los senderistas un rostro humano, pero esta exigencia chocaba con mis sentimientos. Las primeras versiones de mi texto simplificaban excesivamente: eran demasiado hepáticas y distantes. A partir de 1996 aumenté mi dedicación al proyecto. El miedo y la cólera habían pasado y era posible una visión más serena y matizada. Además, mis ideas se habían clarificado en el diálogo y la lectura. Finalmente, tenía más tiempo disponible. Entonces, solo fue cuestión de insistir una y otra vez hasta sentir que los resultados me satisfacían. Por fin había llegado la hora de dejar ir a la criatura.

Ahora, quisiera expresar algunos agradecimientos. En primer lugar, a mis colegas del Departamento de Ciencias Sociales, pues mi trabajo se nutre del suyo, como será claro para quien lo lea. Además, quisiera decirle gracias en forma muy especial a Patricia Ruiz Bravo, Eloy Neira, Felipe Portocarrero y Manuel Marzal en tanto, como lectores del manuscrito, me hicieron muchas sugerencias que lo han mejorado. Pero también quisiera mencionar a Nelson Manrique y Julio Alfaro por las interlocuciones permanentes a través de las que he podido acceder a autores, opiniones y actitudes

que han sido muy importantes para el desarrollo del presente libro. Elizabeth Acha realizó las entrevistas a jóvenes sobre las que se basa la segunda parte del libro. Finalmente quisiera dejar constancia de que este trabajo no existiría de no ser por el apoyo e inspiración de Patricia Ruiz Bravo, por lo que a ella va dedicado. No obstante, también quisiera dedicarlo a todas las personas que están esperando justicia; a aquellos que, habiendo seguido ideas equivocadas, nunca fueron crueles, se han arrepentido y tienen que sufrir el mal que han hecho; y, finalmente, y sobre todo, a los que se resisten a odiar y pueden decir con Primo Levi: «Yo creo en la razón y la discusión como instrumentos supremos del progreso y, por tanto, yo reprimo el odio aún dentro de mi mismo. Yo prefiero la justicia»^[4].

CAPÍTULO I

LA GLORIFICACIÓN DE LA VIOLENCIA

El oponer la razón a las pasiones, a manera de principios excluyentes y en pugna, compitiendo por el control de la conducta, es el obstáculo más importante para comprender a los militantes de Sendero Luminoso. Es así que la imagen más significativa de los senderistas es aquella que los representa como «robots de carne», como personas radicalmente deshumanizadas por el dogmatismo y la entrega de su libertad. Imagen que no ayuda a comprender la conversión de un hombre o mujer en militante senderista, ni tampoco el trasfondo humano que sobrevive en el más despiadado combatiente. En realidad la oposición entre lo racional y lo irracional está muy entrelazada en el sentido común, de manera que suele condicionar muchos de nuestros juicios y percepciones. Oscilamos, así, entre visiones polares del ser humano: el fanático y el calculador. Es decir, el hombre poseído por pasiones que no controla y el hombre que solo se mueve en función de las ventajas tangibles previstas. Pero, en realidad, la razón y las pasiones se mudan y compenetran, configurándose así, en esta hibridación, ideologías o credos que son razonables y vitales, y que prescriben ciertas conductas o hasta formas enteras de vida. El análisis de las ideologías debe tener como base reconstruir esta interpenetración.

En el caso de Sendero Luminoso trataremos de hacer visible que la glorificación de la violencia es el principio de su

discurso, su momento fundante. En efecto en el elogio e idealización de la violencia se anudan consideraciones morales y «científicas» con poderosos sentimientos agresivos. De esta convergencia fluye un llamado a la violencia, una urgencia por actuar. Se argumenta que es bueno vivir el odio pues así se logrará una sociedad mejor. La dirección senderista convoca a la violencia pretendiendo que ella puede estar motivada por sentimientos morales, y dirigida por una inteligencia muy consciente de los fines que busca.

Para deshilvanar el anudamiento razón-pasiones hemos encontrado valiosa inspiración en la obra de Remo Bodei [5]. En efecto, dice Bodei que la relación entre razón y pasiones debe ser entendida en la lógica del «ni contigo, ni sin ti». Es decir, no pueden estar juntas ni separadas, solo existen en tanto se compenetran y se redefinen mutuamente. Para empezar, en la medida en que un movimiento requiere tanto fuerza como dirección, una no puede ser sin la otra. Separadas, la pasión carecería de orientación y la razón de energía: de la compenetración surgen los objetivos y la fuerza para realizarlos. Las pasiones, dice Bodei, no son pura irracionalidad, sino impulsos modelados milenariamente por la cultura. Lo decisivo es pues el intercambio entre ambas. En este proceso los impulsos se acrecientan o calman, se liberan o cohíben; en todo caso, adquieren una cierta racionalidad. De otro lado, las ideas se recargan de intensidad y urgencia. Entonces, dotado de vitalidad, el pensamiento se hace vehemente y decidido. Hasta puede ser neutralizado por la fuerza del deseo. Tenemos entonces el autoengaño y la pérdida de lucidez. La ideología senderista, de acuerdo a la propuesta de Bodei, debe ser entendida como un conjunto de ideas fuerza. Un enredo de razones y sentimientos.

Para sintetizar digamos que cuando la idea de que la violencia es fecunda se compenetra con un deseo de agredir, que tiene otro origen e historia, se cristaliza entonces una «razón de sangre». Es decir, aparece una fe o certidum-